



Paseando con papá

Introito

Uno nunca sabe muy bien lo que la vida tiene de real o de soñado, dónde comienza la desmemoria o principia la autoficción, qué hay de cierto o de imaginario en los hechos que se van construyendo en los intersticios y lagunas de la memoria, aderezados con anécdotas importadas de los libros que se han leído, de las historias que a uno le contaran o de los sueños, que a medias recordados al despertar en la mañana, acuden como imágenes diáfanos, de tal manera que creemos ser ellas parte de nuestras vidas. Pienso que es bueno que así sea, que se produzca de manera inconsciente esa mezcla de realidad y ficción, que no es sólo literatura, sino alimento necesario para seguir viviendo y pensando que nuestra vida (la de los otros también, por descontado) tiene algún sentido, aunque sea navegando por aguas turbulentas.

Hay algo de insondable en la literatura que trabaja la memoria. Si se tratase tan sólo de escuchar los recuerdos e ir consignándolos de modo que exista entre ellos un encadenamiento diacrónico, probablemente el género no tendría tantos secretos, pero los tiene, pues toda memoria literaria trabaja en el filo de la ficción, que es, entiéndase, lo que da sentido a la narración, que de otra forma sería correlato aborrecido y rutinario de la vida entendida como una sucesión de acontecimientos, no siempre interesantes. Además, en el período que va entre lo que acontece (cómo y cuándo) y lo que se escribe (cómo y cuándo, pero también por qué), el tiempo va haciendo su propia limpieza general y lo que se cuenta o lo que se escribe acaba por olvidar algunos detalles y magnificar otros, de manera que uno nunca sabe dónde se encuentran los lindes de lo vivido y de lo recreado (tal vez soñado).

La historia que voy contar a continuación tiene sus fundamentos en la realidad soñada y participa, por tanto, de esa condición de mezcla gaseosa que, de alguna manera, da fuerzas para continuar viviendo en la esperanza de un futuro mejor. Dije viviendo, pero quizás debería de haber dicho sobreviviendo, aunque sólo se trate de uno de esos días en los que uno se siente cansado y triste, que no es el caso. El futuro, ya saben, es aquello que no está escrito y que resulta casi siempre impredecible, pues no depende tan sólo de nuestras acciones o sentimientos, sino también de una miríada de parámetros y circunstancias exteriores a nosotros. Esta historia, por tanto, está contada en el futuro de cuando sucedió en realidad y no es, por ello, como se quiso o se planeó, sino que fue amasada con los varios ingredientes que la constituyen, no todos ellos ficticios. Se sitúa en varios planos de tiempo pues tiene sus antecedentes, su génesis demorada y, al mismo tiempo, se produce en un tiempo muy preciso, que es cuando se escribe.

Todo este introito, ya imaginan, resulta prescindible, por descontado, cuando lo que se cuenta o lo que se quiere contar no es sino un relato sin otras pretensiones, pero hoy me sentaba bien escribirlo, como manera de autoanálisis elemental o reflexión compartida. Ya saben, la pandemia maldita y sus consecuencias, tangibles o simplemente presentidas. Espero de su indulgencia lectora que no les haya causado particular enojo y sepan respetar una cierta dosis de heterodoxia, tantas veces necesaria. Paso, pues, sin más dilación digresiva, a contar, que es de lo que se trata.

Tectónica del tango

Mi papá era un mitómano consumado y, como tal, magnificaba a su albedrío lugares y sucesos, tanto si los había vivido en primera persona como si no. Un poco como yo mismo, pero más exagerado.

Una de sus manías —tenía varias— era su obsesión discursiva por visitar Buenos Aires, ciudad para él de reminiscencias familiares de los varios miembros de su estirpe que habían emigrado allende el mar y nunca habían regresado, pero también existía una componente de reminiscencias políticas, pues allí se habían asentado amigos de su padre, de los que poco se hablaba en casa, pero a los que la guerra había conducido al exilio. Papá había expresado en múltiples ocasiones su sueño de recorrer las calles de Buenos Aires. Su imaginario, como en cierta medida el mío propio, estaba repleto de lugares comunes, de alguna manera influido por la mitología importada en las cartas que de allí llegaban y por aquellos familiares que algún día regresarían de → vista a Galicia. Cartas espaciadas en el tiempo y viajeros en el retorno secuencial (ninguno de ellos regresó a Galicia de una manera definitiva) habían traído aromas y nombres que él y nosotros mismos, sus hijos, en nuestra aproximación ingenua, habíamos acumulado con el paso de los años y de las ausencias algo mitificadas de los emigrados. Nombres como los de los barrios de San Telmo, la Boca, Palermo o Entre Ríos, grandes avenidas como Corrientes, Santa Fe o 17 de mayo, constituían para nosotros una cartografía conocida, un poco imprecisa, pues teníamos dificultades para situar en el mapa Palermo o Chacarita, Caballito o Recoleta. Una cartografía sentimental que incluía también figuras emblemáticas para los gallegos como Evita Perón (que en la oscura noche franquista había visitado Compostela, dirigiéndose a una multitud asombrada y receptiva desde un balcón del Hotel Compostela), Luis Seoane (alma gemela de Isaac en Sargadelos) o Castelao (de quien en casa de mi abuelo paterno se conservaba una orla universitaria de cuando el santo laico del galleguismo había compartido estudios de medicina con un tío abuelo, al que nunca conocí). Había también objetos o referencias a libros que de allí llegaran, como un ejemplar de *Nós*, de Castelao, que nadie llegó a descubrir hasta que murió el dicta-

dor Franco y entonces apareció en el doble fondo de un armario, o como aquella ampolla para cebar mate, que se guardaba con devoción de amuleto en el chinero de la casa de la aldea, que dicen que perteneció a un primo desaparecido ya no recuerdo en cuál de las varias dictaduras que habían aterrorizado la Argentina. Tampoco podían faltar fotos de estancias y jinetes a caballo a quienes nunca habíamos visto delante, pero firmadas con muestras de cariño que entendí más ritual que sentido, o referencias varias a los asados pantagruélicos y otras especialidades de la gastronomía porteña (dulce de leche, que no podía faltar en las meriendas de los niños).

Papá murió una tarde de diciembre, comenzando el siglo veintiuno, de un aneurisma de aorta que le vació de sangre el corazón, cayendo fulminado por una espada flamígera que lo expulsó de este mundo cuando esperaba en el exterior de la iglesia de Santa María Salomé, en la rúa Nova, de Compostela, para entrar al oficio funeral por el alma de un querido amigo. El finado había residido en Buenos Aires y en las tardes de café y partida de naipes le había contado y recontado las mil y una historias que después papá siempre repetía con cadencia de tango en las sobremesas familiares. Escuchando a papá y su variada serie de anécdotas y referencias nadie podría acreditar, sin escándalo, que jamás había pisado los paseos y las avenidas de la capital argentina.

Papá y yo nunca tuvimos una relación fluida sino más bien refractaria, lo que no deja de ser la norma cuando lo que se establece desde el principio es una estratificación de poder (que a mí se me antoja connatural al propio concepto de familia tradicional). Cuando comencé a tener ideas autónomas, o sea, distintas de las aprendidas en casa o en la escuela, nuestra relación dejó de ser de sumisión (ya no vivía en su casa y, por tanto, no tenía por qué adaptarme a sus usos y costumbres), para mudar a una relación formal, que fuimos construyendo de manera progresiva y que se configuró en un respeto mutuo. Yo no discutía sus ideas conservadoras próximas al carlismo más rancio y él no se metía demasiado con las mías, que definiré —ambiguamente— como socialismo utópico. Sólo teníamos un punto de fricción importante, cuando él persistía en no argumentar y repetía una frase lapidaria, que se puede considerar la esencia misma del conservadorismo más pertinaz: "Eso se ha hecho siempre así, no veo por qué queréis mudarlo todo". Ante ese falso argumento, que no es sino una tautología inmovilista, yo me revelaba en serio, pues consideraba y considero que la evolución en el género humano lleva aparejada la innovación permanente (no siempre acertada, pero siempre necesaria), de manera que es en la confrontación de los varios puntos de vista, en el análisis de las ventajas y desventajas de adoptar tal o cual comportamiento y en una mayor o menor conciencia social, donde se mide ya no sólo la ideología sino la propia evolución de una sociedad y, por descontado, de sus individuos. Arrastrábamos una relación de cariño y respeto, que saltaba por los aires

cuando él insistía en la tradición y en la rutina como aproximación ideológica única, sin lugar para la discusión: "Se ha hecho así siempre y punto".

Los zapatos de papá

Papá murió sin que pudiéramos nunca superar ese punto de fricción recurrente. Pasados los meses—quizás un año— en una de mis visitas a mamá, ésta se acercó a mí con una caja de zapatos. 'Eran de tu papá', dijo con la emoción prendida en los ojos y en los labios. Abrí la caja y pude evaluar que los zapatos estaban en buen estado, pero, llevado por una superstición que desaconseja el uso de la ropa y de los ajueres de los muertos, pensé en rechazarlos. Mamá, con esa capacidad analítica que las madres tienen para percibir de forma anticipada nuestros sentimientos, se adelantó a mi negativa argumentando: 'Bien, él nunca los usó, los compró una semana antes de morir y no tuvo tiempo de estrenarlos', para añadir: 'Fuimos juntos a la zapatería', como queriendo completar la información o explicar que conocía el asunto de primera mano.

Después de despedir a mamá, lo que siempre resulta complejo, pues a ella nunca le parece suficiente el tiempo que pasamos juntos, metí la caja con los zapatos en la mochila y salí en dirección a la estación del tren, contando con llegar a Vigo para cenar. No sabía muy bien qué destino dar a los zapatos. La idea de usarlos contradecía toda la educación recibida, plagada de supersticiones y esoterismos varios. La de deshacerme de ellos en la primera oportunidad (venta, regalo o abandono) tampoco me parecía bien, pues contradecía mi educación sentimental progresiva resultado de la convivencia en pareja que, de alguna manera, había hecho de mí un ser más humano y menos frío. Así y todo, en el camino hacia la estación pensé un par de veces en abandonar la caja con los zapatos en un depósito de basura. Las papeletras de las farolas eran pequeñas y los contenedores estaban destinados en exclusiva al vidrio, los envases reciclables o el papel, lo que, a fin de cuentas, salvó del abandono a la caja con los zapatos de mi papá, demostrando una vez más que las casualidades no son tal, sino ondas descontroladas del azar en un universo fractal.

Cuando llegué a Vigo aparqué la caja en el estante superior de un armario. Allí permanecieron los zapatos, por meses y después por años, hasta bien entrado el invierno de 2016, cuando por razones de economía (estaban nuevos y habían sido un regalo) y oportunidad (llovía cuando llamé al taxi que me llevaría al aeropuerto y allí no tenía otros apropiados para la situación) decidí estrenarlos en ese viaje. Se sucedieron unos meses muy duros en el trabajo, y los zapatos recorrieron conmigo varios países, Galicia y Bélgica, por descontado, pero también Argelia, Italia, Chipre, Ucrania, Francia y Malta, hasta que llegué al aeropuerto de Bruselas el dos de mayo de

2016 con un billete de ida y vuelta a Buenos Aires para participar en la Feria del Libro de la capital argentina.

De paseo por Buenos Aires

Yo llevaba en la maleta los zapatos de papá, pues había decidido que, si él no había podido pasear por las calles de Buenos Aires, lo harían sus zapatos, aunque no fuera en sus pies sino en los míos.

Fue una aproximación romántica (por la pasión) y sentimental (por los recuerdos), pero no me arrepiento en absoluto de haberlo sentido así, pues, créanlo o no (y si no lo creen consulten el primer párrafo de esta narración), mientras paseaba por las calles de Buenos Aires, yo hablaba despacito con los zapatos de papá y estos, por primera vez desde que los estrenara tres meses atrás, me respondían con la manera que los zapatos tienen de hablar con nosotros, aunque a veces—insensibles a lenguajes no verbales— no atinemos a entenderlo de esa manera. No hablaban con palabras, por descontado, sino abrazando o liberando mis pies al ritmo de la marcha. Yo les explicaba el plan para ese día: visita al barrio de la Boca, pasando por San Telmo para allí visitar el mercado y el café Dorrego, donde un día Borges y Sábato platicaron en su único *tête-à-tête* referenciado en la bibliografía consultada (quizás hayan existido otros).

Los zapatos aceptaron la visita pintoresca a Caminito, en el Barrio de la Boca, pues papá era tanguista de buena mañana, de esos que comienzan cada día imitando la voz gangosa de Gardel, tarareando *Mi Buenos Aires querido*, *Volver* o *El día que me quieras*, mientras se barbean delante del espejo que refleja la imagen invertida de su rostro y de su voz. Los zapatos se portaron bien, como si ellos mismos fueran partidarios de Gardel o tuvieran registro sonoro de sus canciones que yo, de niño, había escuchado en un gramófono de manivela, en los discos de grafito que el abuelo había traído desde Montevideo. No les voy a contar ahora los detalles, sólo decir que se trata del mismo abuelo que traficó en un paquebote la máquina de escribir 'Underwood', con la que fui escribiendo estas notas que servirán o no para arquitectar un relato (prueben y verán que un corrector de textos estándar no acepta 'arquitectar', de lo que se colige la libertad mayor que proporciona la máquina de escribir, o tal vez no), quien sabe en qué va a finalizar esto, si es que un día finaliza.

Así y todo, contentos como ellos estaban—los zapatos— con la visita turística 'gardeliana' me dieron muchos problemas en otros lugares, pues no estaban interesados en absoluto ni en la literatura ni en la mitología porteña para embobaditos europeos. Aquella noche tuvimos palabras mayores, pues si bien se habían mantenido formales y respetuosos en el barrio de la Boca, su comportamiento, cuando en San

Telmo me detuve a tomar un refresco en un café cercano al mercado, había resultado de lo más impertinente, apretando mis pies de manera insidiosa, lo que me llevó a tener que desatarlos y volverlos a enlazar para adaptarme a la nueva situación. Cuando llegamos al hotel, mis pies hinchados me obligaron a lavarlos con sal y vinagre, remedio que tuve que procurar en la cocina del hotel, para disfrute de los pinches de cocina, a los que mi petición de ayuda resultó de lo más estafalaria. Después de ablandar mis pies media hora en agua templada dormí un sueño profundo, pues era mucho el cansancio acumulado.

Al día siguiente aceptaron, con gran alivio para mis pies, la visita al Teatro Colón (donde se habían producido en variadas ocasiones Castelao y otros intelectuales gallegos en el exilio, pero también Margarita Xirgú, representando piezas teatrales de Federico García Lorca, el poeta que por amor a otro hombre pensara seis poemas gallegos en la lengua del paraíso) y también al Centro Gallego, que mi papá había idealizado en varias ocasiones y que a mí me pareció un lugar muy triste, aunque no le comenté nada de eso a los zapatos, para evitar que se comunicaran con papá. Ya sé que no resulta verosímil, pero yo tenía –y tengo aún– el convencimiento pleno de que mi papá se comunica con sus zapatos y viceversa, en una duplicidad comunicativa objeto *versus* fantasma, de la que nunca dudé. Puede decirse que lo experimenté en varias ocasiones, pues si los zapatos se enojaban a veces producían en mis pies pequeños cortes, vejigas o rozaduras y esa noche soñaba yo con mi papá, de aire adusto y cara de no estar satisfecho de mis excursiones. No sé cómo explicarlo, pero yo estaba seguro de que acontecía, que cuando los zapatos se enojaban era que mi papá se entristecía de verdad.

Caminé varias avenidas, cuadra a cuadra, y los zapatos molestaban como nunca, hasta que me senté a comer una tira de asado en 'La Carnicería', un restaurante de Palermo próximo a las instalaciones de la Feria del Libro, que, por cierto, tenía que visitar esa tarde. Entonces, como por ensalmo, los zapatos aflojaron en señal de aprobación, pues mi papá tenía vocación carnívora y parecía enviar del más allá –ahora por intermedio de los zapatos– aviso inequívoco de que apreciaba el asado y con él –supongo– el vino de Mendoza con el que tuve la ocurrencia de acompañarlo.

Cuando esa misma tarde me producía en la Feria del libro, en compañía de Antón Viale, y mientras el escaso público soportaba nuestra charla autocomplaciente y hacía preguntas a su vez autocomplacientes, fue cuando los zapatos se relajaron más que nunca. Quizás se debía al vino de Mendoza, pero quise entender que había sido por el orgullo demostrado por mi padre en los últimos días de su vida hacia su hijo escritor, lo que sin duda papá les había transmitido a los zapatos para que estos relajaran la presión. Como di a entender antes, se trataba de una aproximación difícil.

Ya saben, las relaciones entre padres e hijos no siempre son sencillas, sobre todo en las edades en las que los hijos comienzan a parecerse más a sus padres. No es como

dicen los psicoanalistas de baratillo que uno esté deseando matar a su papá, sino más bien todo lo contrario, que cuando se mira en el espejo lo que ve es la imagen de papá, ligeramente deformada, pero con actitudes y trazos físicos similares. En otras palabras, temiendo papá que su hijo escribiera cosas terribles, que pusieran en solfa la moral familiar y la esmerada instrucción recibida, había decidido desautorizar el uso del apellido familiar para mis escritos. Él pensó que así yo dejaría esa aventura, pero el resultado, *hélas*, fue el contrario, pues adopté un pseudónimo algo absurdo dejando de lado el apellido familiar, lo que me proporcionó un anonimato procurado como un bálsamo durante una larga década de silencio mediático. Yo recibía premios o producía artículos periodísticos, escribía novelas, cuentos o poesías, pero nadie tenía noticia de mi rostro ni, mucho menos, había conseguido una entrevista. Fue un período interesante, hasta que un par de años antes de que falleciera mi papá y de regreso a la tierra después de una década de exilio, pude yo tener una aproximación distinta con los medios de comunicación. Que su hijo apareciera en los diarios o en la televisión, que hablara en la radio o presentara un libro en la librería de la esquina, le producían ahora el efecto contrario lamentando no ver reproducido su apellido en las portadas de los libros. Le contaba a todo el mundo, viniera o no a colación, que tenía un hijo escritor, que escribía bajo otro nombre, y que tenía un futuro envidiable. Lo contaba con cierto orgullo, compensatorio del despotismo empleado al inicio de mi carrera.

Los zapatos parecían relajados y yo también. Entonces vagué por la Feria en busca de sensaciones y de libros. La animación era enorme, sobre todo en algunas conferencias que pude seguir a mitad y en los pabellones de las editoras argentinas en las que se producía para firmar ejemplares Quino, el diseñador de Mafalda y su tropa de personajes entrañables. Al cabo era casi la hora de cenar y entonces regresé al pabellón gallego. Allí nos habíamos asambleado un grupo de escritores y artistas y también, en la mezcla, algún funcionario de los que facilitaban nuestra labor en aquel lugar. Así, al finalizar nuestros trabajos en la Feria fuimos a pasear por el barrio de Palermo. Alguien preguntó y sí, todos teníamos hambre y dimos –previa consulta telemática– con un pequeño restaurante, entre Thames y Charcas, abarrotado de gente en mesas de madera, donde servían unos filetes espectaculares y un vino espeso que remató por hacer revivir la nostalgia. En la Feria habíamos bebido unas rondas de Quilmes –*cuerpo y espuma cremosa*– y ya no podíamos sino sumergirnos en recordar nuestras aventuras de estudiantes, las grandes juergas en Compostela, los pisos de estudiantes revolucionarios (o mejor, revoltosos) en donde leíamos a Martha Harnecker y Bruno Bettelheim, escuchábamos a King Crimson o a John Mayall y fumábamos unos petardos que nos revolvían las tripas antes de hacer el amor como principiantes (no importaba cuántas veces lo hiciéramos, siempre actuábamos como aprendices). Hablamos mucho hasta que, sin abandonar sus buenas maneras bonae-

rensos, los camareros nos convidaron a partir. Entre las nubes del vino y los excesos carnívoros, el calor invasivo y el aroma dulzón a churrasco el ambiente había mutado en una mezcla aleatoria, entre pringoso e insano. Fue una suerte, pues salimos al fresco que no era tal, pues ya había entrado la noche y entonces procuramos un garito para escuchar música y tirarnos otras cervezas, o quizás unos combinados que nos mataran el torpor postprandial y nos hicieran entrar en un nirvana de viaje intemporal. Salimos de allí como pudimos, unos segundos antes de que nos echaran en estado de precoma para tomar un taxi (dos, sí, fueron dos, pues éramos en total seis, aunque ahora no recuerde todas las caras) y regresar al hotel (estábamos todos en el mismo, a unos pasos del obelisco, con Evita Perón mirándonos a lo lejos).

Abecedario de impresiones

→ De ese viaje a Buenos Aires hay varias cosas que voy llevar conmigo de regreso a casa. Va pues, a continuación, este abecedario de impresiones, sin que el orden indique prelación o jerarquía:

a) El descubrimiento del cálculo en "cuadras", tan simple y al tiempo tan curioso para nosotros europeos, acostumbrados al trazado intrincado de los laberintos de calles, callejas y avenidas, escasamente lógico, o que sigue, en todo caso, una lógica acumulativa y después expansiva (no me explico, pero me entienden);

b) La pobreza extrema en la que vivían mis familiares en una colonia de las afueras, Villa Bosch, donde atesoran una biblia en lengua armenia (el marido de mi prima segunda es armenio y presbítero) y una figura de cerámica de Sargadelos con la que mi mamá los había agasajado dos décadas atrás, cuando Héctor y el Negro estuvieron de visita en la casa matriz;

c) La tristeza inmensa de los viajes más allá de Federico Lacroze;

d) La violencia presentida en los rostros teñidos de rabia cuando paseaba por algunas callejuelas de la Boca o de Palermo;

e) La situación de permanente inestabilidad de la Argentina, que se detecta en la profusión de casas de cambio y en el trasfuego de gente rebelde y también, por descontado, la sensación, que fluctúa en el ambiente como un aerosol espeso, de que el país ha sido, y quizás lo siga siendo ahora y en el futuro, expoliado secuencialmente por sus gobernantes;

→ f) El número de 'indios' con trazos andinos que crucé en Corrientes y Santa Fe, en Balmes y en el ferrocarril de Urquiza;

g) Lo bien que en general se portaron los zapatos de papá, indicándome el camino, convidándome a correr cuando venían mal dadas, mostrando su acuerdo o desacuerdo, ayudándome a resistir las grandes caminatas;

h) La recomendación de *Dark*, un libro de Edgardo Cozarinsky, que alguien me hizo en un bar de Palermo;

i) La pasión por el fútbol cuando pasé cerca de la 'Bombonera' y yo no sabía en dónde estaba ni conocía la mitología asociada al lugar, y a Diego (que se llamaba así por Maradona) casi le da un patatús;

j) Las pizzerías como 'El Cuartito', en Talcahuano, próxima de la Plaza de la Libertad o 'Guerrín', en la Avenida Corrientes, donde no se precisa pedir 'doble de mozzarella';

k) Las varias librerías que visité, como la de Alberto Casares en Suipacha, próxima al Obelisco y a Carlos Pellegrini, donde compré la primera edición de *Cobra*, de Severo Sarduy y varios libros sobre la Tierra del Fuego y la Patagonia; o la del Teatro Ateneo, en la que la cafetería está en el escenario –tomé un café y una torta de limón, combinación absurda–, y desde allí se suceden palcos e hileras interminables de libros. Allí compré un par de novelas de Filloy, *Contra los poetas*, de Grombowitz y *La inteligencia de las flores*, de Maetterlinck;

l) La lectura solitaria, en las noches de hotel, de *Terrible*, de Roberto Arlt;

m) Las ceibas, los ombúes, el falso alcanfor, los sauces amarillos, las palmeras de todas formas y panoplias, y tantos y tantos árboles en el jardín botánico y esa sensación –absurda quizás– de que los jardines botánicos son lugares ideales para perpetrar un crimen;

n) La explotación que las empresas turísticas hacen de los iconos de la argentinidad, el tango, Borges y Gardel;

o) La cerveza Patagonia (*amber lager*);

p) Poder vivir con o sin trazas de gallegos, en los circuitos de la nostalgia o en aquellos de la pasión innovadora;

q) El gran número de teatros, en los que por razón de tiempo –de escasez, se entiende– no entré ni para admirar las molduras;

r) Los 'cartoneros', que recorren las calles por la noche en su afanada industria;

s) La abundancia de colectivos y las ventajas de tomar el subte;

t) La irregularidad en las alturas de los predios y a la locura de las grandes avenidas interminables;

u) Los 'arbolitos', chantados en cada esquina y atareados en el tráfico de divisas;

v) Lo que no vi, resultado del carácter inabarcable y caótico de esta ciudad Rayuela;

w) La ausencia de cronopios (o su abundancia, que constituye normalidad), que de seguro emigraron o inmigraron (con los cronopios nunca se sabe) en las épocas oscuras de las varias dictaduras militares;

x) Las historias que llevo prendidas en la memoria, que me contaran o que imaginé mientras tomaba un café en Dorrego, leía un cuento de Haroldo Conti o caminaba por el barrio de San Telmo;

y) La sensación –absurda– de haber estado aquí en otras vidas y de no extrañar en absoluto ese acento argentino, tantas veces un bálsamo;

z) Los ‘alfajores de chocolate’ marca ‘Alta pampa’ (tres), que devoré antes de subir al avión de regreso.

A papá no le van decir nada estas observaciones mías. Los zapatos lo saben y llevan un par de días callados, algo tristes. Así, cuando bajo del avión en Compostela parecen mojados de puro llanto, no sé si porque se dan cuenta de que papá estuvo una semana paseando por Buenos Aires o porque se percatan que ni ellos, ni él, ni yo mismo visitamos los lugares que hubiéramos querido visitar, los itinerarios presentidos, esos paisajes anclados en la mítica gallega. Quizás porque papá y yo fuimos/somos/seremos siempre diferentes y está bien que así sea, que hubo/hay/habrá siempre respeto, pero nunca identificación. Quién sabe. Los zapatos de papá no tienen una explicación para eso. Yo tampoco.

Ahora queda la última parte de esta historia, que es depositar los zapatos al pie de la tumba donde reposa papá, en el camposanto de Iría, donde en las noches de tedio en que nadie los visita departe amistosamente con el fantasma de Rosalía, que allí estuvo de residente un tiempo en cuerpo y ahora permanece aún en espíritu, o con los huesos de Camilo José Cela Trulock, déspota ilustrado, o con los de los varios presos republicanos que se amontonan en la trasera de la iglesia de Santa María, entre el ábside y el muro que delimita el camino que conduce al lugar de Arretén. No sé cuándo lo podré hacer y si será una maniobra fácil o difícil. Ahora les tengo cariño y no me resultará fácil deshacerme de ellos.

Ya veré, por lo pronto voy a llevar a papá hasta Berlín, donde nunca estuvo.

Xavier Queipo

Juliana en la peluquería

Titubeaba. Le delataba la opacidad de los ojos, los pulgares hurgando inquietos las puntas de los dedos, la fricción de la lengua por las encías. Señales inequívocas. Juliana. Un zarandeo sutil y la fruta madura, tierna y aterciopelada, con el punto justo de aspereza, caería por su propio peso.

Un cálculo acertado. Al día siguiente, Heliodoro la contempla en postura de niño victorioso, la cabeza en la almohada y unas gotas de sudor fresco en la frente. Procede de la Argentina, no recuerda si de Rosario o de Córdoba, y mira que se lo ha dicho veces, el pelo negro y crespo, facciones mestizas, torso musculoso, tatuajes diversos y un *piercing* alargado junto al pezón izquierdo. Bosteza sensual, la punta de la lengua se demora por entre los colmillos blanquísimos, un michino que exige displicente que no lo perturben cuando se dispone a echar una cabezadita.

Un calorillo pegajoso empieza a deslizarse por los muslos. Se levanta de la cama para acudir al bidet y, con gesto un tanto melodramático, le acaricia los pómulos y los labios carnosos, un conjunto tirando a andrógino. No era para tanto finalmente. –¿Contento? –dice–. Ya tienes lo que querías.

El debate había durado días, cada uno con sus argumentos: los de ella, pragmáticos y racionales, a veces con la zozobra de no saber expresarse bien y que se confundieran razones de peso con moralinas caducas. Los del tipo, una madeja dialéctica que se enredaba hasta casi asfixiarla: que si el Marqués de Sade, apologeta del sexo heterodoxo, ya decía que no es un capricho de la naturaleza que el esfínter anal se adapte al pene como anillo al dedo, o loaba la descripción preciosista de Lezama Lima, que conocía el tema al dedillo, del dragón mitológico inmiscuyéndose en el serpentín intestinal del amor anhelado, hasta el momento platónico. Siempre había encontrado farragosos los libros del cubano, se le caían de las manos a las pocas páginas, y del Marqués no conocía gran cosa, pero daba igual, al fin y al cabo, todo se resumía en una frase: en mi país, una mujer no es tuya hasta que no se te entrega por completo, que reiteraba como si se tratara de un eslogan publicitario. O corriera el riesgo de olvidarlo. Al final, entre mareada y picada por la curiosidad, accedió. O, mejor dicho, claudicó: ciertas concesiones son necesarias para el buen funcionamiento de la pareja, si bien, revisando la breve memoria del idilio, a estas alturas aún no había descubierto ni una sola de su parte. Es de esta manera como del amor nacen a menudo sentimientos turbios, entre ellos el rencor. Se aparta bruscamente de la imagen que le devuelve el espejo. Cincuenta y tres años dentro de nada, cada uno reproducido al detalle en toda su crudeza.